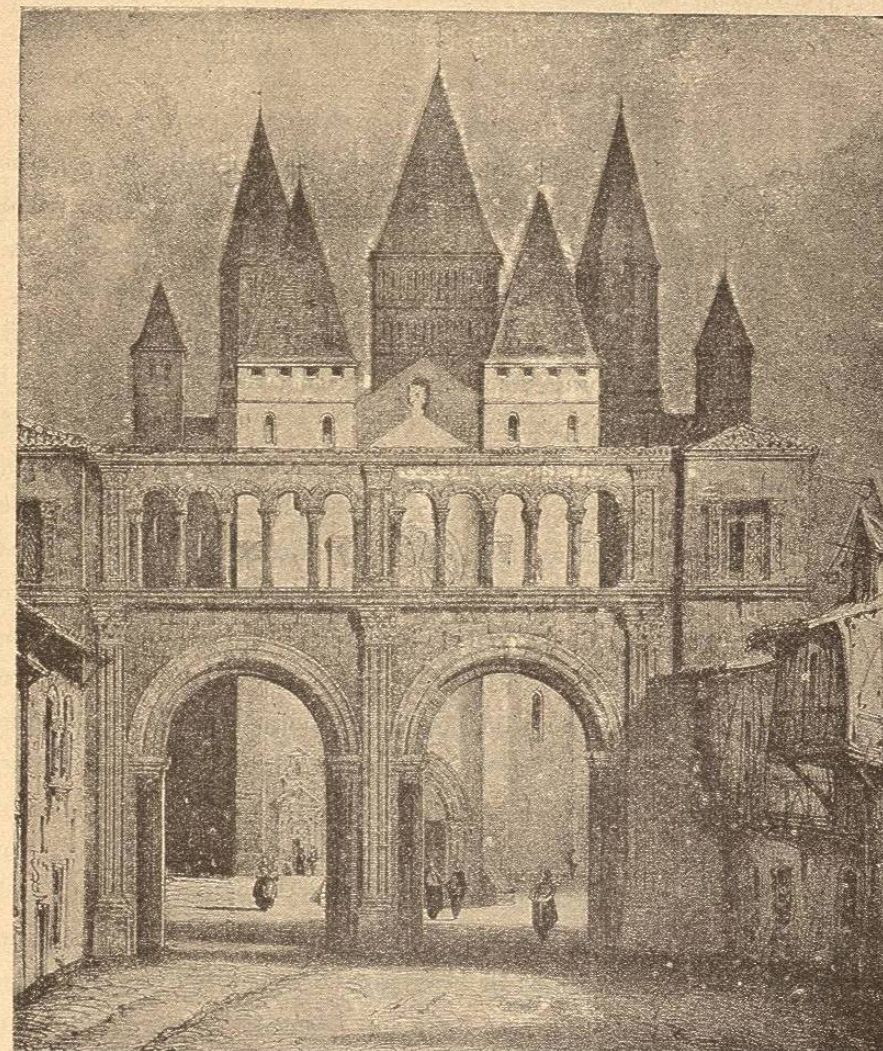


poder papal á través de los siglos si los innumerables religiosos agrupados bajo diversas reglas en todas las partes de la cristiandad no hubiesen dado cohesión á todo el mundo de la Iglesia occidental por su estrecha solidaridad, aparte de toda idea secundaria de lugar natal ó de patria. Los monjes que seguían la regla de San Benito en miles de conventos constituían un inmenso ejército cosmopolita al que vinieron á juntarse reclutas aun más fervientes para la unidad y grandeza de la Iglesia. Al principio del siglo X se fundó en Francia la abadía de Cluny, que restauró, modificándola, la regla benedictina y llegó á ser pronto, bajo la dirección de hombres célebres, como una capital intelectual de Europa y la segunda metrópoli religiosa después de Roma: sucedió en importancia á la ilustre abadía de Monte Casino, y á ella acudieron de todas partes los hombres que huían de los peligros, de las pequeñeces ó de las vergüenzas del siglo, sea para vivir en paz «en las escuelas de las hayas y de las encinas», sea para estudiar algunos manuscritos en que se hallaba resumida la ciencia antigua, ó para prepararse allí á viajar por el mundo cristiano bajo el alto patronato del abad de Cluny, ó también para adiestrarse en el fructuoso campeonato de la Iglesia por una reputación de ciencia ó de santidad. La espléndida abadía borgoñona, cuyo campanario se eleva más alto que el de todo otro edificio religioso antes de la época ojival, atraía toda una escuela de arquitectos y de escultores: allí nació la bella escuela románica de Borgoña.

Ante todo los frailes continuaban la tradición del mundo romano por su ignorancia de las fronteras divisorias entre los Estados, lo mismo que entre las mil pequeñas baronías feudales: su lengua era el latín, su patria la cristiandad: la palabra «internacional», que tantos patriotas modernos toman á mala parte desde que los Estados se han constituido fuertemente en patrias de límites guardados de fortalezas y reductos, apenas era conocida entre los clérigos de la Edad Media, tan natural parecía que en la Iglesia, es decir, en la asamblea de los santos, todos los sacerdotes y monjes, cualquiera que hubiera sido su lugar de nacimiento, perteneciesen á la misma gran familia y fuesen acogidos conforme á su mérito. Irlandeses ó Germanos, Españoles ó Franceses, Italianos ó Escla-

vones, viajaban libremente de diócesis en diócesis, de convento en convento, y podían elevarse en dignidad sin haber de renegar su país de origen. Del mismo modo que el papa reclamaba el domi-



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

CLUNY RECONSTITUÍDO

nio espiritual, y temporal en caso necesario, sobre el mundo de los creyentes, así también éstos reivindicaban su común nacionalidad en todas las comarcas de la Iglesia que recorrían; á través de los siglos habían mantenido sus antiguos derechos de «ciudadanos romanos». En el choque del Occidente y del Oriente, fué una gran

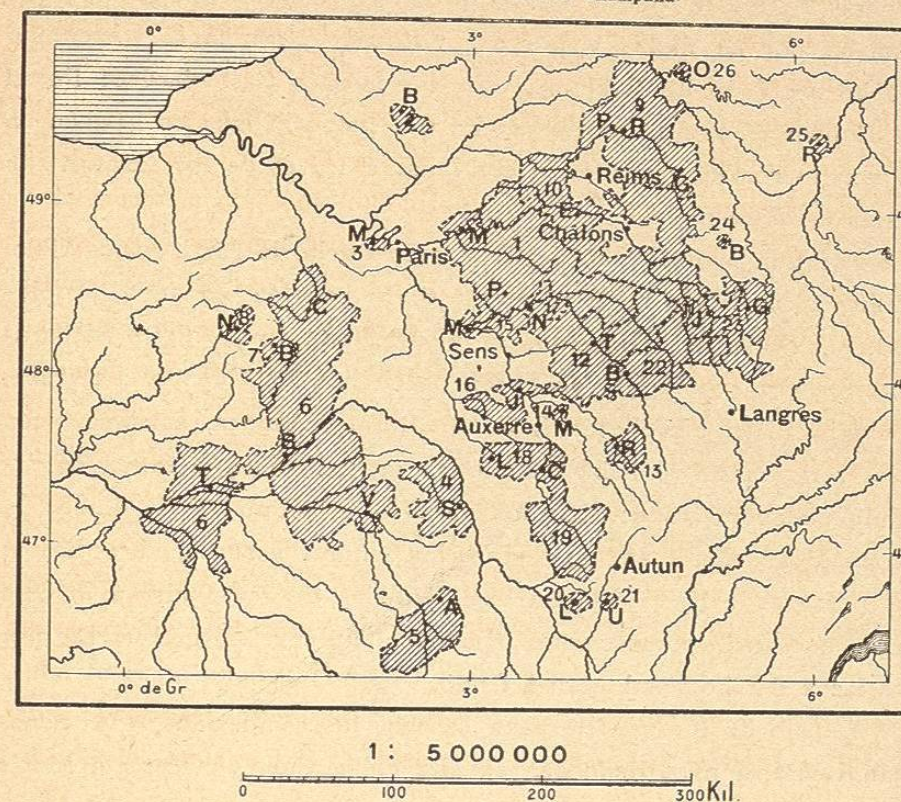
fuerza para el papado la cohesión de sus monjes y de su clero, á pesar de la fragmentación de las multitudes en naciones diversas ó transformándose sin reposo.

No solamente el elemento monacal daba á la sociedad lazos de unión con la antigua civilización romana y le procuraba así cierto ideal muy necesario en el mundo oprimido, sino que mezclaba también las clases y podía utilizar energías poderosas que sin él no hubieran podido encontrar otra salida. Los religiosos de origen popular ó hasta servil, á quienes la ambición natural ó la simple necesidad física de una libertad relativa había hecho entrar en las órdenes, aportaban á sus acciones más energía que los hijos de señores, cansados de la existencia antes de haberla comenzado seriamente. Así es como la sociedad religiosa, incesantemente renovada por los ingresos de abajo, no llegaba á circunscribirse en una casta puramente opresiva ó á perderse en las sutilezas ó las locuras del misticismo. Además, en aquella época, que era la de los libros de caballería y de los relatos milagrosos, las gentes se lanzaban fácilmente hacia el misterio y hacia lo desconocido. ¿No resumía en sí entonces los votos de los frailes el tercer personaje de la Trinidad, el Paracletto, el Consolador, es decir, el Espíritu Santo, ese ser tan vago, tan incierto, para el que la leyenda popular no ha imaginado mejor representación que la figura de una paloma? Dios el Padre, creador de todas las cosas; Dios el Hijo, que fué hombre y sufrió en la cruz, parecían demasiado concretos: los místicos encerrados en los claustros necesitaban un ser intangible que la potencia creadora trataba de fijar en vano¹.

Otro elemento social, la caballería, ayudó por una parte tan considerable como los monjes al movimiento de las Cruzadas. Atribúyese generalmente y de una manera especial aquella institución á la época de los paladines, como si hubiese comenzado con Rolando para alcanzar su apogeo delante de Jerusalem y desaparecer después gradualmente al mismo tiempo que se transformaban las armas, cuando los arqueros plebeyos de Eduardo III y los tejedores de Flandes, con sus pesadas mazas triunfaron en el siglo XIV de los caballeros franceses acorazados, cubiertos de hierro, erizando de

¹ Victor Arnould, *Histoire Sociale de l'Eglise*, «Société Nouvelle», Noviembre 1896.

N.º 310. Posesiones del Conde de Champaña.



La siguiente lista, formada según Aug. Longnon en el Atlas Schrader, indica los diferentes señores feudales del conde de Champaña para los territorios correspondientes.

- I. Rey de Francia: — 1. Condado de Champaña, Meaux, Provins, etc. — 2. Breteuil en Beauvaisis. — 3. Feudo de Marly. — 4. Condado de Sancerre. — 5. Castellánías de Ainy, etc. — 6. Condado de Blois, Chartres, Vierzon, Tours, etc. — 7. Brou. — 8. Nogent-le-Rotrou.
- II. Arzobispo de Reims: — 9. Condado de Porcien, Rethel, Grandpré. — 10. Epernay, etcétera. — 11. Señoría de Joinville, etc.
- III. Duque de Borgoña: — 12. Condado de Troyes, etc. — 13. Rougemont, etc. — 14. Maligny.
- IV. Obispo de Sens: — 15. Montereau, etc. — 16. Condado de Joigny.
- V. Abad de San Dionisio: — 17. Nogent-sur-Seine.
- VI. Obispo de Auxerre: — 18. Castellánías de Lainsecq, etc.
- VII. Obispo de Autun: — 19. Châtel-Censoir, etc. — 20. Luzy. — 21. Uchon.
- VIII. Obispo de Langres: — 22. Bar-sur-Seine.
- IX. Emperador de Alemania: — 23. Señoría de Gondrecourt, etc. — 24. Belrain. — 25. Roussy. — 26. Orchimont.

Respecto de varios de estos feudos el conde de Champaña no era más que el señor mediato; otros señores le rendían homenaje por la posesión inmediata, tal el conde de Anjou, rey de Inglaterra, los condes de Nevers, de Vermandois, del Perche, etc.

El mapa lleva los mismos números que esta lista y las iniciales de las ciudades citadas.

lanzas todo su frente de batalla. Es cierto que la flor de la caballería corresponde exactamente á la época en que la literatura de los ciclos de Carlomagno y de Artus idealizó hasta el milagro las

proezas de los caballeros é hizo de ellos una casta aparte, más que humana por su fuerza y por sus virtudes; pero había comenzado mucho antes de los Capetos y que los mismos Carlovingios: Fustel de Coulanges demuestra claramente que ya se hallaba en germen en el mundo romano, viéndosela continuar á través de los tiempos con lentas modificaciones.

Por una evolución análoga, el gran territorio rural de los Galo-Romanos, la villa, llegó á ser la tierra poseída en toda propiedad, sin censo ni obligación, el alodio, cuando los jefes bárbaros entraron con sus bandas en el mundo civilizado. Cuando el rey merovingio distribuía tierras á sus fieles antrustiones, establecía con ellos relaciones que habían de tomar gradualmente la forma de dominio eminente respecto de los vasallos detentadores de feudos, y producir relaciones análogas entre los señores y sus hombres ligios; las personas y las tierras estaban divididas, desde lo alto á lo bajo en la sociedad, por escalones sucesivos, unidos jerárquicamente por los lazos del homenaje y del feudo.

Debajo de los que llevaban espada, los campesinos, que removían la tierra para depositar en ella los granos y hacerla producir el alimento de todos, eran hombres sin derechos, condenados á la gleba. Se ha supuesto que la transformación de la esclavitud en servidumbre era debida á la influencia cristiana por una parte, y por otra á la de los Germanos: admitiendo esa suposición, habría habido coincidencia entre las dos acciones, religiosa y étnica, para que resultara un gran cambio social entre los patrones y los servidores; pero esta afirmación no concuerda con los hechos. La servidumbre tuvo sus orígenes lo mismo en el mundo romano que en el de los bárbaros. El temor de que la tierra fuese completamente abandonada por los agricultores aterrorizados por las invasiones indujo á los grandes propietarios del imperio á unir de una manera absoluta el hombre á la tierra, de modo que cada propietario que adquiría una parte del suelo pudiese en toda seguridad comprarla sin temor de que los trabajadores huyeran hacia la capital. Bajo el régimen feudal, como bajo el régimen romano, la servidumbre no dejó de ser servidumbre, y los «siervos de la gleba» continuaron siendo los instrumentos del propietario; poco

importaba que fuesen poseídos por éste ó por aquél: como simples cosas, no podían elevarse á la dignidad de hombres. Lejos de atenuar la esclavitud en un estado de domesticidad menos envilecido, la sociedad cristiana, por el contrario, la había agravado despo- blando las ciudades y llevando los siervos de la ciudad hacia el campo. En efecto, la esclavitud romana se había gradualmente transformado en Roma y las otras metrópolis del Imperio en una especie de proletariado, análogo al del obrero moderno. La costumbre le reconocía el derecho de adquirir un «peculio» al que no podía tocar el amo y que le servía eventualmente para rescatar su persona; prácticamente, cualquiera que fuese el tenor de las antiguas leyes, hacía reconocer



De una fotografía.

DINANT, CIUDAD DOMINADA POR SU CASTILLO

su matrimonio y su tratamiento y entraba en las corporaciones obreras. Hasta podía enriquecerse y llegar á cierta importancia social, mientras que el siervo de la Edad Media estaba condenado para siempre por la costumbre y por la ley á permanecer en la clase hereditaria de los sometidos á servidumbre. El supuesto progreso, de la esclavitud á la servidumbre, de Roma al feudalismo germánico, fué un verdadero retroceso¹.

Al lado de los siervos domésticos, descendientes de los esclavos romanos ó germánicos, se había constituido la clase de los dependientes, de los «villanos», en una palabra, que no eran libres, aunque teóricamente no fuesen esclavos. La palabra *liber* y la palabra *nobilis* son sinónimas en las cartas belgas del siglo XI²; mas para todos

¹ Eduard Meyer, *Die Sklaverei im Alterthum*, ps. 48, 49.

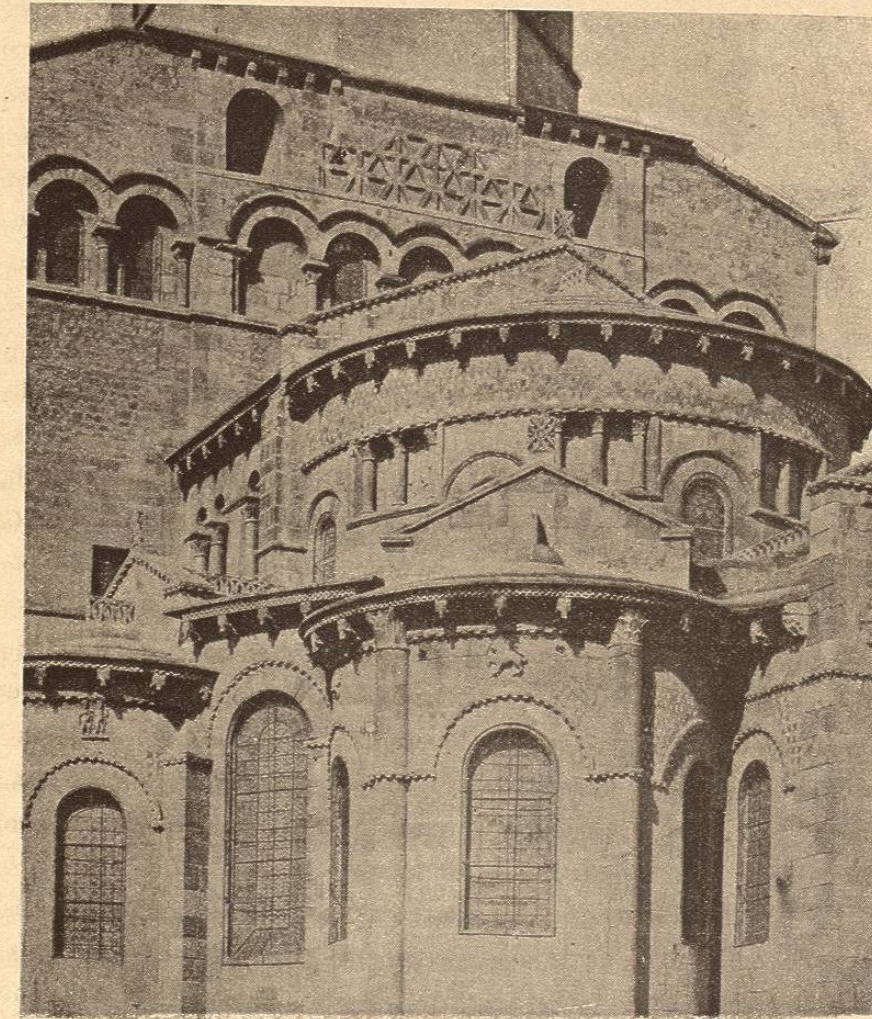
² H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, t. I, p. 124.

aquellos que siendo «libres» ó «nobles» no tuviesen fuerza material necesaria para defender su libertad, el único medio de no ser violentado como un siervo, brutalizado y entregado á todos los caprichos, consistía en darse: los desgraciados se escogían un amo. Los pequeños propietarios dejaban de serlo poniéndose en su mayor parte bajo el patronato de los conventos; según el lenguaje de los señores mitrados que confiscaban el pequeño haber de los campesinos, éstos cambiaban «su libertad contra una servidumbre más libre que la libertad misma»¹. Del mismo modo, después, un rey nuevamente elevado al trono anunciaba su reino futuro como «la mejor de las repúblicas».

Tal fué la causa principal de la transmisión de las tierras, antes comunes á los campesinos ó bien fraccionadas entre pequeños propietarios, á poder de los grandes señores feudales. La inestabilidad social, la falta de confianza en el porvenir próximo transformaron fatalmente la pequeña propiedad personal y la propiedad comunal en propiedad feudal. Pero si los labradores daban su campo y se daban ellos mismos, procuraban conservar su calidad de protegidos y de clientes y estipulaban como mejor podían que podrían conservar sus parcelas á título de arrendamiento á largo plazo. La dura necesidad les impulsaba á negociar así la cesión de sus personas y de sus tierras, con la casi certidumbre de que si sus amos llegaran á ser poderosos, tendrían por nulos convenios y contratos, disponiendo á su antojo de los hombres y de las cosas. Con frecuencia los propietarios libres ó comunitarios se veían privados de su derecho personal y de sus posesiones sin haber tenido siquiera la ocasión de defender sus intereses: ó un conquistador, un jefe de guerra les despojaba de ellos sencillamente, ó un soberano cualquiera, en un momento de buen humor, había hecho donación de sus personas y de sus pertenencias á algún señor que gozase de favor en la corte. Tal fué la causa por que los habitantes de Bellagio, sobre el lago de Como, protestaron con todas sus fuerzas contra Federico Barbarroja, que había dado su distrito, hombres y cosas, á la abadía milanesa de San Ambrogio. «El emperador, ex-

¹ H. Pirenne, *obra citada*, p. 127.

ponen en su querrela, no puede dar á otro lo que no le pertenece». Las protestas de ese género debieron ser frecuentes, pero



Cl. Kuhn, edit.

IGLESIA DE SAN PABLO EN ISSOIRE (PUY-DE-DOME)

Estilo románico-auvergnat, siglos XI y XII.

como molestos testimonios que los señores tenían gran interés en destruir, ¡cuán pocos han sido conservados en las casas señoriales!¹.

El régimen feudal produjo como consecuencia inmediata la ruptura de la natural alianza de la ciudad y del campo circundante.

¹ Maxime Kovalevsky, *Société Nouvelle*, Agosto 1896, p. 152.